

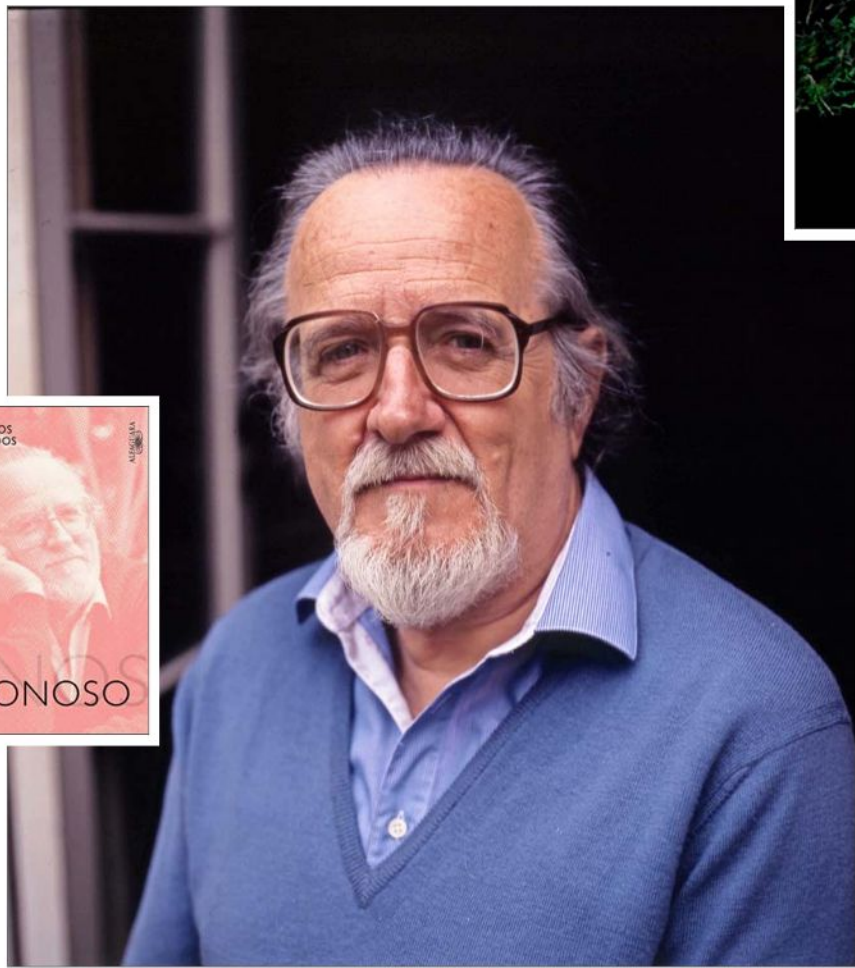
MARÍA TERESA CÁRDENAS M.

Si bien novelas como "Coronación", "Casa de campo", "El lugar sin límites" y "El obscuro pájaro de la noche" le otorgaron una sólida fama en este género, José Donoso (1924-1996) fue, además, un notable cuentista, aunque abandonó tempranamente esta veta. Publicados en 1966 por Zig-Zag —con prólogo y cronología de Luis Domínguez— y en 1971 por Seix Barral, en Barcelona, los catorce "Cuentos reunidos" ahora por Alfaguara corresponden a los de sus libros "Veraneo y otros cuentos" (1955) y "El charleston" (1960), más dos relatos dispersos: "China" y "Santelices". Esta vez, el prólogo es del escritor salvadoreño Horacio Castellanos Moya, quien admite que tuvo temor de releer la obra de Donoso después de conocer detalles de su vida privada en "Correr el tupido velo", de Pilar Donoso, su hija. "Pero la experiencia de la relectura ha sido gratificante", escribe, y cita a Proust y a Naipaul, quienes distinguieron al "hombre que escribe" del "hombre cotidiano", con sus miserias y debilidades. ¿Qué opina, en ese sentido, de quienes objetan a autores y sus obras por sus conductas o declaraciones? "En todos los tiempos ha habido y habrá fariseos y fariseas que se dedican a juzgar la vida privada de las personas, son los mismos que querían apedrear a la mujer adúltera", afirma.

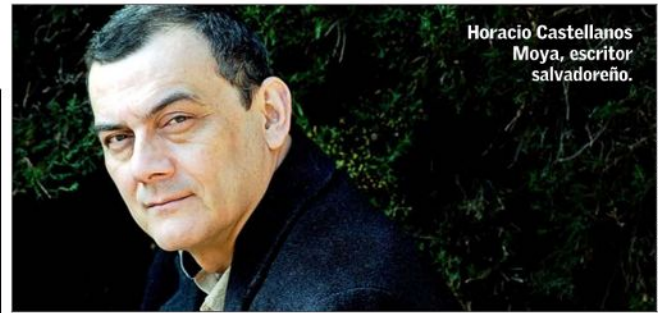
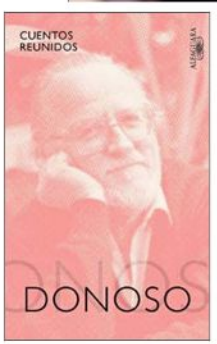
En su prólogo, Horacio Castellanos distingue entre los autores que siguen escribiendo cuentos después de haber dado el paso a la novela y los que dejan atrás este género, como si hubiera sido una especie de entrenamiento. José Donoso pertenece al segundo grupo, aunque no se saben las razones. "Es muy difícil aventurar una respuesta —advierte—. Esas son dinámicas internas de cada escritor". Y cuenta su caso: "Por ejemplo, yo comencé escribiendo poesía y

José Donoso y su entrenamiento con el relato

Con prólogo de Horacio Castellanos Moya, Alfaguara publica los "Cuentos reunidos" del escritor chileno.



José Donoso escribió estos cuentos cuando tenía alrededor de 30 años.



Horacio Castellanos Moya, escritor salvadoreño.

una vez que me dejó nunca volví a ella. ¿Por qué? No lo sé. Quizá a Donoso lo abandonó el cuento y nunca pudo regresar a él".

En Iowa, Horacio Castellanos ha tenido la oportunidad de ver los originales de los cuentos publicados y también de los que el autor chileno desechó. ¿Hay grandes diferencias entre ambos? ¿O Donoso fue en exceso exigente? "No tengo la menor duda de que era un escritor exigente. Si él desechó la publicación de algunos cuentos es porque estos no alcanzaban sus estándares. Otra cosa es que ahora se pueda hacer arqueología literaria en sus archivos", señala.

—¿Cuál era su relación con la obra de José Donoso antes de participar en este libro? ¿Cambió su apreciación del autor?

"Vea usted, yo leí las dos obras cumbres de Donoso, 'El obscuro pájaro de la noche' y 'Casa de campo', hace cuarenta años. Las leí maravillosamente. Esas impresiones aún están conmigo. Lo que he constatado con la relectura de estos cuentos es que llevan muy bien el paso del tiempo".

—¿Considera a Donoso parte

del boom latinoamericano, o cree que sus "obsesiones" narrativas lo marginaban en cierto modo de este grupo?

"No soy un experto en el boom. Pero me parece que los escritores a quienes han metido en ese saco tienen cada cual sus propias características y mundos narrativos, muy distintos entre sí, y que lo único que los hermana, aparte de las amistades que hubo, es pertenecer a una misma franja generacional".

Escueto en sus afirmaciones, Castellanos Moya admite que "podría decirse, claro", que en algunos de estos cuentos hay incluso un componente sobrenatural, como en "La puerta cerrada" y "Una señora", más allá de la magia que él destaca desde el título de su prólogo —La marca del prestidigitador—, junto con el pulso firme de Donoso, que se manifiesta también en "el control de diversas voces y registros" y "su perspicacia psicológica".

Acercado de lo que significan estos cuentos para la obra de José Donoso, enfatiza: "No son un aporte a la obra, sino que son parte de la obra. La primera parte o tramo. Y también se leen con gusto".



FRANCISCO DOURTHÉ:

Violinista chileno integrará la Filarmónica de Bruselas

Un jurado compuesto por miembros de la Filarmónica de Bruselas determinó que el violinista Francisco Dourthé Orrego es el ganador del Premio Especial Bruselas del Concurso Jóvenes Solistas del Festival de Música de Huilo-Huilo 2021, certamen que cuenta con el patrocinio de la Embajada de Bélgica, el Ministerio de las Culturas, el Gobierno Regional y la Seremi de la Región de Los Ríos. El reconocimiento considera un contrato de trabajo como integrante de la Filarmónica de Bruselas durante la temporada 2022-2023. Además, en los meses previos a su inserción en la orquesta, el ganador tendrá una pasantía con músicos de la agrupación.

A LO LARGO DE CHILE:

Más de 50 instituciones invitan a Museos de Verano

Actividades especiales, entre charlas, visitas guiadas y talleres, han preparado más de 50 museos y circuitos patrimoniales chilenos —públicos y privados— para recibir a sus visitantes el próximo 13 de enero. La iniciativa del Ministerio de las Culturas involucra entrada gratuita y contempla espacios muy diversos como el Museo de Bomberos y el Observatorio Tagua Tagua. Más detalles en el sitio Museosenverano.cl.

CAMPANEROS DE SANTIAGO Y UN PATRIMONIO SONORO:

Campanadas de la ciudad colonial llegan a nuestros oídos

El disco "Paisajes extintos" expone toques que se realizaban en las iglesias de la época. Se grabaron en cinco grandes templos, incluida la Catedral.

INÍGO DÍAZ

El toque de queda, que se hizo tan habitual en Chile durante los últimos dos años, era en su origen un toque de campana, el aviso a los habitantes del Santiago del 1700 de que debían estar ya en sus casas para descansar. Eso ocurría a las ocho de la noche y el toque se denominaba "Ánimas". El despertador de la ciudad, en cambio, era el toque "Aves Marías", campanadas de las 5:30 de la mañana en invierno. Una hora antes en verano. El día debía comenzar con tres rezos.

Las campanadas, o toques, marcaban una vida al ritmo de la luz natural, pero sobre todo en la dimensión de lo religioso. Todos aquellos toques estaban relacionados con la espiritualidad y su devoción ("Ángelus", "Pecadores", "Agonías generales"). Y su sonido en un silencio urbano se imponía.

Es ese mismo sonido de campanas y esos mismos diversos toques ya silenciados aparecen ahora en el disco "Paisajes extintos", publicado en formato de vinilo y para escuchas en línea por el sello Aula Records.

Es obra de los Campaneros de Santiago, un colectivo que encabezan los compositores Sebastián Jatz y Tomás Brantmayer, junto con el músico e investigador Eduardo Sato, uno de los primeros que se interesó por el mundo de las torres de las iglesias, sus campanas y la nomenclatura de toques del calendario litúrgico. Sus investigaciones se iniciaron en 2006 y suyo es el libro "Con mi voz sonora. Campanas y toques de



Sato, Brantmayer y Jatz, los campaneros de este siglo.



campana en la Catedral y otros templos históricos de Santiago" (Ediciones UAH).

"El oficio del campanero, una persona que recibía sueldo de la iglesia, que prácticamente vivía en la torre y que conocía los toques, se mantuvo hasta la primera mitad del siglo XIX. Luego se fue perdiendo por la secularización de la ciudad, que pasó de ser un espacio sagrado a un espacio laico", explica Sato. "Entonces el sonido de las campanas empieza a convertirse en ruido, y el repertorio de toques se reduce. Y en el siglo XX la figura del campanero desaparece", agrega.

Los Campaneros de Santiago grabaron en la Catedral y otras cuatro iglesias de las órdenes religiosas: San Francisco, San Agustín, La Merced y San Igna-

cio, que aquí representó a la iglesia de la Compañía, destruida por el incendio magno de 1863. "Tocamos 15 campanas de las 55 que se reúnen entre todas ellas. En septiembre tocamos las seis campanas de la Catedral, que no sonaban unidas desde más de 40 años. La gente no entendía lo que estaba pasando", recuerda Sato.

La investigación tuvo que centrarse en los registros de la Ordenanza Colonial de 1795, que no siempre eran exhaustivos. Existen allí 55 toques, pero se sabe que son muchos más, porque el conocimiento se pasaba oralmente entre curas y campaneros.

"El sonido es efímero y si no se registra es como si dejara de existir", dice Tomás Brantmayer. "Esta es una tradición que vale la pena recuperar. Nos vincula con nuestra historia desde cierta belleza", cierra.

"DE BASTARDISMOS Y APARICIONES":

60 años de tradición e innovación del grabado en Escuela de Arte UC

La muestra, exhibida en Galería Macchina y curada por Paula Solimano, reúne a más de treinta artistas y proyectos colectivos.

CATALINA IDE GUZMÁN

En 1958, un año antes de que se fundara la Escuela de Arte de la Universidad Católica, ya ocupaba uno de los pisos de la Casa Central el Taller 99, fundado por Nemesio Antúnez y especializado en la disciplina del grabado. De ahí nacería más tarde el cuerpo docente de dicha institución, con maestros como Jaime Cruz, Pedro Millar y Eduardo Vilches, quienes convertirían el grabado en un pilar fundamental en la formación de la escuela.

La perspectiva integradora de Vilches permitió expandir esta técnica a otros estilos, lo que le otorgó libertad creativa a artistas de diversas décadas. A partir de esa premisa nace "De bastardismos y apariciones", muestra que reúne a más de 30 artistas y proyectos colectivos, desde los primeros años de la escuela —con artistas como Dinora Doudtchitzky y Jaime Cruz—, pasando por la generación de los 80 y 90 —con exponentes como Mónica Bengoa y Ximena Zomosa—, hasta los más actuales —Cristóbal Cea, Rocío Olivares, Nicolás Grum, entre otros—.

Paula Solimano, curadora de la exhibición, explica que "dentro de ese abanico grande que se daba por la libertad que entregaban los docentes, la categoría de grabado ha permitido trabajos como la instalación, animación o fotografía, porque sus conceptos mismos están presentes: la separación, la copia, la repetición y la serialización".

Esto daría espacio para trabajar con otras materialidades, como sucede con el trabajo de Ximena Zomosa, que dibujó una escoba en el muro con cabellos. "Aparentemente no tiene mucho que ver con el grabado, pero dada la formación que tenemos



Obra "203 fotografías (fragmento)" de Mónica Bengoa.

varios de los que participamos del taller de Eduardo Vilches en la UC, existe este procedimiento que de alguna forma extiende la noción del grabado a lo que puede ser la matriz y la copia. Ahí cabe el tema de objetos no pertenecientes al mundo del arte", comenta la artista.

La muestra, que está dividida en las dos salas de Galería Macchina, no tiene un relato estructurado ni cronológico, sino que articula uniones entre trabajos de artistas no necesariamente coetáneos. Además de experimentar gráficamente, las obras plantean el problema existencial de "volver al origen". Según Solimano, "el grabado tiene mucho que ver con acciones repetitivas, incluso obsesivas-compulsivas de tratar de restaurar o generar un sentido de familiaridad". En el caso de Vilches, esto queda en manifiesto en las fotos de su jardín de Nuñoa que emula su jardín en Concepción, su ciudad natal, y en trabajos como los de Jemmy Button, Inc. —colectivo de arte de los 90—, el origen se vincula a temas de migración forzosa, colonialismo, etc. "Entonces, hay una extensión de temas y medios que comparten una sensación de afectividad, que es lo que quisimos amplificar en la muestra", concluye.

